

EN LOS 450 AÑOS DE LA UNIVERSIDAD DECANA DE AMÉRICA

Testimonio de San Marcos

JORGE
ANDÚJAR



Toda generación tiene su signo, su estrella, su marca indeleble. Para los estudiantes de San Marcos de los 80, y en realidad para todos los jóvenes universitarios de entonces, ésta la constituyó, sin duda, el vaivén entre la promesa de la democracia recién recuperada y el lacerante azote de la violencia terrorista que iniciaba su guerra. Cuando los continuadores de Antonio Eguiguren escriban a su turno sobre esta década, apenas una isla en el océano de sus 450 años de historia, no podrán soslayar este entorno, que se confunde

con la misma encrucijada que vivió el Perú.

Ingresé a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de San Marcos casi al mismo tiempo que Belaunde restauraba la democracia y la irrestricta libertad de prensa. El ambiente nacional era aparentemente propicio al debate de ideas. Se respiraba optimismo. Sin embargo, como para aguar el entusiasmo popular, en Ayacucho aquel mismo día de las elecciones el 18 de mayo de 1980, habíase producido el primer brote de terrorismo en Chuschi.

Esta confrontación se mantenía sorda, pero viva, en el campus, donde la discusión política ostentaba una suerte de patente de corso. San Marcos permaneció fiel a su tradición reflexiva y a veces contestataria que, por ejemplo, propició la inde-

pendencia nacional concluida por San Martín y Bolívar.

En los 80 —y al menos desde los 50 según Mario Vargas Llosa en sus memorias de universitario sanmarquino— la efervescencia e ímpetu juvenil se habían plasmado en minúsculos, variopintos y pintorescos grupos de izquierda. Un mosaico en el cual todos disputábanse la lealtad a los textos marxistas y todos arrogándose la representación del pueblo. La verdad era que sólo contaban con un reducido puñado de activos estudiantes, que con mucho fervor, las más de las veces con justicia, y a menudo con amplia publicidad, convocaban marchas, mítines y tomaban las calles, no siempre en ejemplar orden.

La enorme mayoría, me atrevería a decir que el 99% de los alumnos, pretendíamos estudiar y en efecto

sólo estudiábamos, ajenos por completo a movimientos y disquisiciones ideológicas; más preocupados por los cursos, profesores, notas y los exámenes de rigor. Sin embargo, cuando en una manifestación se infiltraba algún elemento extraño y se desviaba, todos cargábamos culpas ajenas.

Alfredo Bryce ha escrito que empezó a conocer el Perú real cuando ingresó a San Marcos. Cierto. Mi alma máter es un microcosmos del país y de sus problemas; y también de sus esperanzas. Ambos coinciden en sus períodos de boya y calamidad; de grandeza y pasmo. Creo que en los 80 la Decana de América compartió con el país la esperanza por la democracia aún débil, franqueada y amenazada por la violencia que quiso destruirla. Se salvó el Perú. Se salvó San Marcos.